

SER MEDITERRÁNEOS

cinco obras y cinco arquitectos cordobeses: barrado, bertolino, bondone, dutari, etkin

Alejandro Cohen ©

Un *parque* en San Luís, un *edificio para un jardín botánico* en Córdoba, unos *pabellones de granja* en Capilla del Monte, la *ampliación de una bodega* en Mendoza y un *templo* en Tucumán. ¿Qué pueden tener en común programas tan dispares, en lugares distantes uno de otro y hechos por arquitectos diferentes?

Hay tanto una marca de época como generacional. Algo que se quiere decir a través de la arquitectura, del uso de los materiales y de los recursos de proyecto puestos en juego, de la interpretación del lugar y de la relación entre naturaleza y artificio. Tiene que ver con el *ADN* de cierta arquitectura en Córdoba: *Ser mediterráneos. Ser contemporáneos. Ser austeros. Edificios – paisaje.*

¿Se tratará de una suerte de regionalismo de “*nicho*” tal vez? ¿Será algo incubado en las facultades de arquitectura de Córdoba (*nacional y católica*) y ejecutado bajo ciertos formatos de las prácticas proyectuales? (formatos de economía de recursos, no de costos, como condición del proyecto).

¿Persistirán las *resonancias débiles* del postmodernismo, en especial las que anticiparon las *lecciones kahnianas* en la matriz formativa de estos arquitectos?

Hay otro denominador común en estas arquitecturas: el carácter social y/o institucional de sus programas, algo que también va a marcar las trayectorias de estos arquitectos. Arquitectos con encargos públicos, institucionales, o dicho de otra manera no sujetos únicamente al *producto arquitectónico* como un producto exclusivamente del *mercado inmobiliario*. ¿Se habrá filtrado en el *ser cordobés* ese rechazo *heiddegueriano* a la simple *modernización capitalista* a como dé lugar? ¿Podrán estas arquitecturas de lo *más o menos* público resistirse a la *mano invisible del mercado* y conservar su “*autonomía*”?

Una bodega ó el turismo temático de granja ya son una mercancía de la nueva economía. Igual que un espacio público “cerrado” para mejorar la *performance de una ciudad* en términos de seguridad y competitividad urbana. Son las *nuevas reglas* que mis colegas intentan *domesticar*.

El completamiento de un edificio religioso es una oportunidad de esas pocas que brinda la arquitectura religiosa, de *redimir contenido y forma*. Y el edificio para un jardín botánico en la ciudad de Córdoba quizás marque para mí el *inicio de un ciclo de nuevos emergentes* en la arquitectura local. Para entender la lógica de estas obras, es necesario vincularlas a otras obras anteriores y posteriores. Se pueden, entonces, *mapear* trayectorias. En algunos casos, entre las primeras y las últimas obras analizadas ya hay más de diez años.

Por eso hay que ponerlas en contexto. Un contexto también histórico que “*celebra*” los monumentos como contracara de los tejidos: las tipologías y su reelaboración como “*objetos de afecto*” según la feliz expresión *aldorossiana* y las arquitecturas propuestas simultáneamente como paisajes. Más que marcar una *tendencia* creo que *estas arquitecturas buscan su expresión en el interior de la arquitectura*. ¿Y que sería ese interior que califica estas arquitecturas de “*poveras*” como le gusta decir a Mónica Bertolino ó de “*homenaje*” a sus esencias productivas y a la memoria, como escribe Ana Etkin?

Por aquí uno empieza a encontrar sus claves. No son autónomas del lugar ni de sus preexistencias, por más débiles que estas sean ó parezcan ser. Están ancladas en ideas compartidas por amigos aquí en *sudamérica*:

- Su materia básica son el *espacio y la tectónica*. Un sentido *primitivo y trascendente*.
- Tienen una fuerte intencionalidad estética. Buscan, legitiman e intensifican *poéticas*.
- Hacen alarde de su *técnica*. Técnica expresiva, gráfica y verbal hasta técnica constructiva. Se disfrutaban los detalles dibujados y luego *construidos con las reglas del arte*. Ian Dutari lo expresa dibujando en sus magníficas bitácoras, “*desde el papel*”.

Son arquitecturas explicadas en la *didáctica de la cultura material* y en su esencialidad de contextos de economías frágiles. Son obras de arquitectos y docentes universitarios de taller. *Se les nota el taller*. Y la búsqueda de síntesis para honrar la vieja tríada *vitruviana*. Es tanto arquitectura de dibujos desde la artísticidad de buenos dibujantes y manipuladores de “*volúmenes bajo la luz*”, como voluntad de reconstruir los paisajes dados. Carlos Barrado lo dice simple con su economía de palabras: “*el paisaje es todo y la arquitectura es paisaje*”.

Desde esa perspectiva se puede comprender el parque contemporáneo en San Luís de **Ian Dutari y Esteban Bondone**: con sus “*objetos encontrados*”, sus paisajes contruidos de puntos, líneas y áreas. Un paisaje de texturas diversas, un *paisaje collage*, heterogéneo y así más cercano a un sistema de estímulos cual *follies*, que a los parques pintados por el impresionismo a fines del siglo XIX. La idea de *sistemas de agua, viento, luz y tierra* interactuando, explican los desafíos que se plantearon los proyectistas para concebir un parque contemporáneo en una ciudad mediana.

Un parque que anticipa la agenda de *lo que vendrá*, de la mano de la *sustentabilidad* y del *catálogo de microarquitecturas apropiadas*: un paisaje con máquinas lúdicas y ecológicas como la *máquina de agua* y con pequeños pabellones que *brotan* del suelo o acompañan un recorrido sugerido.

Un parque que tiene *el desafío de lo instantáneo* pues no se puede esperar treinta años a que crezcan todas las especies plantadas. Por eso el peso de los *artificios* (las arquitecturas emergentes), dislocadas en el territorio cual *postas* para organizarlo y *referenciarlo* (el *word* intenta corregirme y escribir *reverenciarlo*, así que también vale).

En el caso de **Carlos Barrado y Mónica Bertolino**, se trata de dos intervenciones separadas por varios años. La primera y más emblemática, el edificio central del Jardín Botánico de la ciudad de Córdoba. Siendo Carlos Barrado Director de Espacios Verdes de la *Gestión Martí*, con una fuerte presencia de Miguel Ángel Roca y sus promocionados *CPC (Centros de Participación Comunal)*, la obra proyectada con Mónica Bertolino logra *despegarse* de esa impronta y adquirir singularidad. Esto tiene que ver con muchas cuestiones, en primer lugar su localización, *colonizando* un área especial, consolidando su carácter de *reserva verde*, en la periferia oeste de la ciudad de Córdoba, lo que hoy denominamos *áreas de oportunidad* para el despliegue del mercado de los “*developers*”.

La sagacidad de los proyectistas empieza por el *programa* y por la interpretación de que *habrá Jardín Botánico* en la ciudad de Córdoba, si hay un *acto fundante* con un conjunto edilicio *didáctico y representativo* de una voluntad proyectual austera, contemporánea y sugestiva. Allí están los pliegues que atenúan las masas edificadas y la caja del invernáculo que contrasta con una de las *primeras versiones locales* de la *estética póvera* en códigos contemporáneos.

Muchos años después, cuando construir el paisaje se traduce en los pabellones de granja, los dispositivos de proyecto operan de manera más concentrada y, si se quiere, despojada. Así, la *reelaboración tipológica* del concepto de pabellón está resignificada desde dos puntos de vista: por una parte desde la lógica material estructural, operando como una malla tridimensional que organiza el territorio dado, posibilitando el juego de llenos y vacíos, de luces y sombras, de *naturalezas y artificios que se alternan*. Por otra parte está el diseño de las acequias y el aprovechamiento de los niveles y visuales.

La *levedad del ser* de los pabellones se logra a partir de esa malla estructural que libera el plano noble, apostando a la fluidez y continuidad espacial y a la transparencia como recursos esenciales que cualifican los contenedores propuestos. Es como un homenaje a la *modernidad heroica*, especialmente sudamericana, liberando suelo y minimizando la gravedad. Así, *todo* el conjunto edilicio opera como un espacio de transición.

Un nuevo paisaje *lúdico y productivo* a la vez, el *juego* de la arquitectura. Un juego de opuestos, basado en la exacerbadón del *recentramiento técnico* del oficio.

Ana Etkin parece ir por otro camino de exploración formal en técnicas innovativas. Desde la Biblioteca para la Universidad de Río Cuarto (Etkin–Goldenberg–Ivetta–Mullins–Santillan), hay una búsqueda de descomposición y recomposición de la instituciones y sus programas, en una deriva que va desde la matriz tipológica de la articulación de funciones, al despliegue de formas, digamos, más *orgánicas*, de mayor fusión o mimesis con la naturaleza que se quiere celebrar.

O de exacerbación de una variable por sobre el resto, como en el caso del Templo San Juan Bosco en Tucumán, asociada en este caso con **Mauro Israelevich**. La abstracción expresiva de los pliegues del ladrillo me impresionó como *potente homenaje* a tantas iglesias en nuestro interior profundo, como los únicos íconos que se atrevieron a jugar *verticalizados* en entornos edilicios chatos y anodinos.

Por otra parte el artefacto asume una *escala monumental también en horizontal*, que recuerda la impronta de tantas escuelas y conventos austeros y, de nuevo, jugando como *faros de urbanidad*. La apuesta por la tectónica que se va cribando, del ladrillo y el hormigón arma este conjunto. Es casi un ejercicio sobre *pieles no frágiles*: la figuración de la envolvente cómo síntesis del edificio.

En el caso de la ampliación de la Bodega Don Bosco, Ana Etkin apela tanto a la continuidad contemporánea de lo existente, como a la *ruptura* de los códigos unívocos del *paisaje industrial*. Desde esta doble perspectiva se comprenden sus acciones de proyecto.

Es una arquitectura ampliamente *celebratoria*, tanto del lugar, de la espléndida torre vinaria, como del laborioso paisaje mendocino, desafiante de desiertos y terremotos, *artificializado* con la *naturaleza* productiva de las vides y las acequias.

Desde estos presupuestos se arma la arquitectura de pieles diversas y experimentales, envolviendo recorridos y *festejando* el cobijo que dan las techumbres y los microclimas, consiguiendo una nueva totalidad diferenciada del *packaging bodeguero*, producto local y global a la vez.

La marcada dualidad interior – exterior deslinda con claridad campos diferentes: el de la producción vitivinícola con tecnologías contemporáneas y el carácter de edificio didáctico y secuenciado por la propia evolución histórica de la actividad. Esa idea de “*complejidad y contradicción*” atraviesa toda la propuesta y, recurrentemente, se expresa con fuerza en el extraño “*tallado – colado*” del hormigón de las pieles exteriores, buscando esa reconciliación, casi *gaudiana*, entre naturaleza y artificio.

¿Que *celebra* uno con estas arquitecturas? Pues no parecen ser apologéticas de sus autores o meramente auto referenciales (*en la tradición cordobesa hay tres marcas arquitectónicas de ciclo largo* –roca, ggmpu, “togo” díaz–). A mí me parece que aquí hay otra cosa: es *arquitectura de huella*, de gente de oficio perseverante, que disfruta de la *construcción artesanal* de cada proyecto, como un objeto único e irrepetible. Pero donde a la vez, cada proyecto se encadena con el siguiente y el anterior.

Es una *producción medida pero ambiciosa* la de este “interior”, provinciano y cosmopolita a la vez. Un *cosmopolitismo sudaca*. Aunque el paisaje, el *contexto*, se presenta siempre inmediato. Más cerca del *claustró cordobés* que de la *línea del horizonte* rioplatense, por caso.

¿Pesará también la admirable *tradición jesuítica* que se deja ver todavía por el territorio cordobés? Yo creo que sí. Es una *referencialidad inicial* con la impronta de la *refundación mítica del territorio*, y una *misión* dada al edificio o intervención que lo excede. También tiene que ver con la naturaleza híbrida de los mampuestos, ladrillo y piedra, hormigón y piedra, piedra y agua, contener los espacios, el peso y la densidad de las cajas murarias y la levedad y calidez de la madera, a veces como estructura pero las más como pieles y entramados para filtrar la luz. Y la luz, como un recurso recurrente y como efecto de sentido anclado en las *arquitecturas religiosas*, revisitadas por nuestros arquitectos cultos y laicos.

Como sea, son arquitecturas que se disfrutan, se descubren y se recorren. Se siente que se preparó el terreno y se diseñó el lugar. Siempre hay algo que sorprende. Por suerte no logran abarcarlas los *renders*. Sus *atmósferas* necesitan de la apropiación social y el uso. Allí reside su significado más esencial. El paso del tiempo las sedimenta, la vejez les sienta bien. Allí reside su encanto.

Estos arquitectos que trabajan para clientes reales y construyen lo que proyectan son a la vez *arquitectos de lo público* (eso que siempre debe ser un *bonus track* de cualquier edificio: construir el paisaje, el territorio, la ciudad). ¿Será muy *arcaico* hablar de lo público en la época del espacio líquido?

Un parque, un botánico, unos pabellones de granja, un templo, una bodega: *paisajes operativos de poéticas materiales*. Y como todo lo cordobés, anclado contradictoriamente entre la tradición y la ruptura, la memoria y la innovación. La *modernidad cordobesa*, por otra parte, nunca fue rotunda: no amamos las torres de cristal.

29 de diciembre de 2008.

© Arquitecto y Urbanista. Profesor Titular del Taller de Arquitectura 6 a – Tesis, de la FAUD – UNC, Director del Taller de Investigación en Proyectos Urbanos – TIPU. cohenalejandro@gmail.com

Artículo en REVISTA X-EXPERIMENTOS EN ARQUITECTURA Y DISEÑO N° 2, Págs. 32 – 44. ISSN 1852-4095, Mar del Plata, Abril 2009. Editorial FAUD - UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA.